

# El significante y la subjetividad

*Gerardo Trejo*

Pues la uva agraz de la palabra por la cual el niño recibe demasiado de un padre la autentificación de la nada de la existencia, y el racimo de la ira que responde a las palabras de falsa esperanza con que su madre lo ha embaucado al alimentarlo con la leche de su verdadera desesperanza, le dan más dentera que el haber sido destetado de un gozo imaginario o incluso el haber sido privado de tales cuidados reales.

*J. Lacan. Escritos 1, pág. 146*

## I. La carne ante el espejo

Ha sido arrojado a este mundo un pedazo de carne roja. ¿Cómo advendrá en vida subjetiva para detrimento anímico dicho pedazo? La respuesta es sencilla y conocida, a saber: un orden estructural a-histórico que preexiste al sujeto para inscribirlo en un proyecto erógeno; un imperativo categórico psicoanalítico, en la pluma de Freud: “Wo es war, soll Ich werden”. Donde ello era, ahí como sujeto debo advenir, se ha traducido “...llegar a ser, es decir no sobrevenir, ni siquiera advenir, sino venir a la luz de ese lugar mismo en cuanto que es lugar de ser”.<sup>1</sup> Entonces, en lo que se llega a ser es en un sujeto ‘significante’ en tanto que era ello y, si se dice: ello así hablará, es porque en ese mismo lugar, lugar de ser, viene a la luz el sujeto. Ello así hablará, es porque ese futuro connota un deber en sentido imperativo categorizado por el verbo. Puede entenderse esa *Zoé* en el aspecto aristotélico, en tanto que está organizada con arreglo a un plan,

<sup>1</sup> Lacan, J. *Escritos I*, Siglo XII Editores, novena edición, México, 1981, pág. 160.

cualquiera que fuese, y no de bíos, vida animada, vida animal sin ningún fin ético.

Si se habla de sujeto es porque se está sujeto al deseo del Otro, y es en un otro donde se conforma ese yo imaginario (*moi*) a través de una identificación especular; sólo se sostiene este dispositivo en un orden simbólico estructural.

¿Acaso no es en la fascinación especular donde el infante se anticipa a esa fragmentación corporal (*corps morcel*,) y en tal identificación imaginaria en la que se constituye la matriz simbólica? Sí, puesto que se habla de deseo, porque en ese pedazo de carne cruda se va a sazonar el deseo de aquel que ejerza la función materna. Y aquí no se está hablando de impronta, se habla de una falta en el otro (madre) quien cree —vana ilusión— ser colmada por ese cacho de carne roja libidinizada.

Por esa mirada, voz, tacto del otro, el infante es objeto del deseo de ese otro. Ser objeto libidinal del otro es ser ya objeto de deseo del Otro. He aquí la condición obligada para la relación especular que nos remite a un estadio de espejo en el que no hay aún lugar, al menos a la palabra, o, para decirlo mejor, al significante. Es precisamente esta imaginarización de sí mismo la que otorga acceso al sujeto en el lenguaje.

En este momento mítico de fundación del sujeto por el significante se es el falo de esa madre; ser el falo, cuyo soporte material es el pene, hace jugar al pequeño en el deseo materno que constituye el yo-ideal lleno de espejismos; la represión primaria se lleva a cabo en este mito, mito porque ese objeto llamado '*petit a*' como causa del deseo jamás existió como objeto para el infante: madre que nunca estuvo. Después de todo, por la clínica sabemos que jamás se abandona la identificación de omnipotencia y plenitud ya no tan inmaculada de los mal bien amados neuróticos.

Como consecuencia de un advenimiento exterior se quiebra esa imagen ideal para que sobrevenga una imagen virtual invertida, en la cual se fechará la instauración de un nuevo orden: el orden simbólico cuyo modelo a seguir será el de la función paterna, ideal del yo, lugar donde se clavan las insignias culturales; el deber moral en su plenitud.

Como corolario freudiano de lo anterior podemos decir que todo proxeneta moral es siempre ominoso, el superyó funge como paladín y cancerbero del ideal del yo, como salvaguarda de sus mandatos institucionalmente internos; narcisismo secundario, momento de la represión secundaria, según Freud, en el cual se puede clamar y nombrar como hombre o mujer o quizá algo más.

## II. De la palabra al fantasma

Una lectura incipiente de Lacan tiene el riesgo de conducirnos a un desliz que tal vez no se pueda remediar. Este no remediar recordaría la escisión de Lacan del campo psicoanalítico internacional por denunciar un alejamiento de la experiencia de Freud, un alejamiento de la función y campo de la palabra, es decir, un abordaje sobre el significante que restituiría la historia del sujeto: “El análisis no pude tener otra meta que el advenimiento de una palabra verdadera y la realización por el sujeto de su historia en su relación con un futuro”.<sup>2</sup> Optimista, elegante, prometedor y sumamente original; originalidad que le permitir *en ‘après-coup’* resignificar la promesa de realización subjetiva de esa historia en virtud de un futuro.

El campo de la clínica es por excelencia el de la transferencia, situación donde se pone en acto la palabra, donde ésta no será escuchada desde un plano formal y convencional, sino en la escucha polisémica y metafórica que corresponde a un tiempo lógico del inconsciente en relación con una dialéctica, con una lógica transubjetiva que se establece entre el analizante y el analista.

La antena de la oreja de una escucha no convencional ni formal se ha fundamentado en un aforismo lacaniano: “El inconsciente está estructurado como un lenguaje”; y lenguaje no es sinónimo precisamente de lo inconsciente, y lenguaje tampoco lo es de lengua, como lengua tampoco lo es de un código de recorte universal. Por ello, este aforismo está en boca de muchos y en la reflexión de pocos, prestado al manejo de ser enunciado como un *clisé* más. Un Lacan mesiánico que prometía la realización histórica del sujeto con respecto al futuro por el sólo hecho de advenir a la palabra verdadera.

Sin embargo, es menester ir más allá del supuesto de que el psicoanálisis se agota en una clínica de la palabra, ya que hay un *‘plus’* de no dicho desde la palabra un no representado en el significante; algo del sujeto que no se alcanzaría a representar a través del significante hablado. Por ello, significante aquí no sólo es entendido como palabra, puesto que existen significantes no pertenecientes al campo de la lingüística pero sí ubicados en una lógica más amplia.

Si recordamos que la verdad se dice a medias y con palabras, luego no se dice toda. Entonces, si no es a la palabra ¿a qué apuesta el psicoanálisis?

<sup>2</sup> *Ibidem*, pág. 119.

De entrada, es necesario mencionar que las cartas están echadas a favor del fantasma y que su atravesamiento o, mejor dicho, su construcción es lo que dirige la actividad analítica.

La apuesta se juega en lo que se denomina fantasma, que funge como pantalla de la carencia del otro; asimismo, el fantasma opera como defensa del goce y por tanto como condicionante del deseo. Es el fantasma primordial el que se construye como una frase gramatical que da certeza al sujeto de un lugar que ocupa y de su deseo.

Al ser puesto en juego por el sujeto, la lengua se transforma en 'Lalengua' es decir, en palabra que vehiculiza una presencia distinta que, a título de fantasma, funge como infraestructura del hablar. Es decir, 'la lengua' se abocaría más a eso que se denomina el objeto 'a' minúscula como un objeto que no existió en tanto tal, como la operación de lo inexistente que origina —míticamente— el deseo (objeto causa del deseo). Deseo estructurado en el fantasma que se ha inaugurado en el campo del Otro (tachado, carente). La falta entonces es la que estructura al sujeto y por ello su verdad.

La entrada al análisis, o sea, situación de ser interpretado, es porque se ha presentado el síntoma como formación del inconsciente, síntoma que se sostiene —hablando estrictamente— en un fantasma. Síntoma y fantasma se ubican en distintos lugares, pero articulados.

Visto así el panorama el vacío inaugural ha intentado ser recubierto por y en el deseo del otro, mismo que no permite la aparición del *petit 'a'*, es decir, del goce en plenitud. De este modo, el deseo siempre ser el deseo del otro; queda así establecida la dialéctica del deseo en esa lógica transubjetiva.

Mientras que los síntomas son interpretados para darles un sentido, los fantasmas operan como transformadores de placer de situaciones desagradables o traumáticas de la realidad, es decir, que el sentido de los fantasmas es de procurar placer a los sujetos, como si en el fantasear se satisficieran las pulsiones insatisfechas que no logran o pueden satisfacerse en la realidad. Los fantasmas son sustitutos del acto lúdico infantil: "Así, pues, el individuo en crecimiento cesa de jugar; renuncia aparentemente al placer que extraía del juego. Pero quienes conocen la vida anímica del hombre saben muy bien que nada le es tan difícil como la renuncia a un placer que ha saboreado una vez. En realidad, no podemos renunciar a nada, no hacemos más que cambiar unas cosas por otras; lo que parece ser una renuncia es, en realidad, una sustitución o una subrogación. Así

también, cuando el hombre que deja de ser niño cesa de jugar, no hace más que prescindir de todo apoyo en objetos reales, y en lugar de jugar, fantasea”.<sup>3</sup>

Es necesario recordar que los fantasmas están correlacionados con lo simbólico y lo real, con el placer y el goce. Burdamente diríamos que en la situación analítica el analista es aquél que sabe nuestra verdad y/o puede ‘ponerla’ a la luz evocándola e invocándola por medio de la palabra.

El lenguaje es la moneda corriente que permite el intercambio no sólo de palabras, sino de mujeres y ubicación de los lugares en cualquier cultura. Dicho sea de paso, Lacan afirmó que La Mujer no existe porque no existe un significante femenino que se anteponga al significante fálico. Un ejemplo bastará. Los Makololos de Malawi se distienden el labio superior con una anilla enorme denominada ‘pelele’. Livingstone se interesó y preguntó a un cacique sobre tal costumbre y éste repuso asombrado: “¿Para qué va a ser, sino para embellecerse? Es lo único hermoso que tienen las mujeres. Nosotros nos dejamos crecer la barba, pero ellas no pueden. ¿Qué clase de personas serían sin el *pelele*? ¡No serían mujeres!”.<sup>4</sup>

Interpretaciones va a haber demasiadas, pero cuando uno comprende que la realidad psíquica del ser humano está sexuada, las cosas se ven diferentes, y si se dice diferentes es porque existen realmente y, digámoslo así, una diferencia biológica pero jugada en otra escena, diferencia de tener el ‘cachito’ más de placer o de no tenerlo. He aquí el asunto falo.

Es menester manifestar que no son posturas petulantes impregnadas de una falocracia cultural, sino de un orden de recorte estructural simbólico que tanto a hombres como a mujeres determina y somete.

Si entendiéramos al ‘cachito’ más de placer como el ‘cachito’ de goce, es precisamente justo (de justicia) que será castrado simbólicamente aquél, es decir, que se le reservará el goce al sujeto por dicha castración y por ello advendrá deseante.

El pene es el soporte material de ese pedazo, la envidia de las mujeres por éste no es tan simple, éstas no desean cualquier pene sino el que otrora alguna vez de niñas desearon. Entonces lo que más interesa aquí sobre ese pedazo es la manera de ser puesto en juego: la de ser el falo, de tenerlo o no tenerlo como un atributo. Significante primordial por excelencia.

<sup>3</sup> Freud, S. *El poeta y los sueños diurnos*, tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid, 1981, pág. 1344.

<sup>4</sup> *Enciclopedia 500 pueblos. Quiénes son, cómo viven*, Nouger, 1982, pág. 587. El subrayado es mío.

Es el falo el significante que connota la carencia misma; el lenguaje como medio para intercambiar mujeres y obtener así hermanos con quienes fumar la pipa, pescar, cazar o pelear juntos. Por el lenguaje se llega a ocupar un lugar en la estructura social que ubica a los sujetos en una determinación basada en las relaciones de parentesco, el lenguaje es el que determina y nombra esos lugares en las estructuras de parentesco: se es padre, madre o hijo, por ejemplo. Si llegase a haber una transgresión en las relaciones de parentesco, cuyo producto vendría a ocupar un lugar en el grupo familiar, necesariamente se le buscaría un nombre a semejante 'aberración', es decir, si un sujeto se desposa con la madre de la mujer con la que tuvo *hijos*, y *éste fuese* adoptado por una hija de un primer matrimonio del sujeto mentado, entonces ¿qué nombre recibiría esta nueva combinación?

Lo que se intenta dar a comprender aquí, es que no es posible, desde la estructura del parentesco que es de lenguaje, legitimar dicha 'aberración', o sea, que no se puede ser medio hermano de quien es su madre a la vez, así como tampoco se puede ser medio hermano e hijo de quien es su madre por adopción, ni tampoco ser nieto de su propio padre, ya que la madre de su madre o sea su abuela, ha tenido un hijo con quien es su padre y al mismo tiempo ser medio hermano y sobrino de quien es el hijo de su abuela, así como también ser tío y medio hermano de quien es el hijo de su madre adoptiva. Cinco lugares y relaciones contradictorias, puesto que la transgresión se realiza en la relación del padre con su suegra, es decir, que está prohibida la relación de un yerno con su madre política.

Lo anterior según Lacan no es inventado y se puede observar cómo el lenguaje no lo nombra, ni la estructura de parentesco legitima tal hecho. Imaginar cuando le pregunten o se pregunte el sujeto por qué su padre es al mismo tiempo su abuelo, por qué su padre tuvo un hijo con su abuela o sencillamente por qué lo adopta como hijo su media hermana.

La castración es un punto indispensable para comprender aspectos importantes en el psicoanálisis y en la práctica de éste. A través de ello adviene el sujeto en deseante, carente, relación en la que el goce no se obtendrá jamás. La emasculación simbólica inscribe al sujeto en la falta de ser, ésta dirigida desde el exterior y ejercida por aquel que ocupe la función paterna, función que no es más que el vicario de una ley suprema que la trasciende.

En la ruptura de la identificación imaginaria con la madre ya hay espacio para la identificación edípica, modelo y exutorio para la libido. En este corte se instaura un nombre que dará cabida al sujeto en el campo

social; el corte es de índole simbólico que impone deberes y obligaciones con dicho orden. La castración limita al goce a lo inefable que es lo real.

En la situación analítica con la *escansión* se 'corta' el discurso o actitud del analizante, para dar lugar a la emergencia de esa verdad que no preexiste sino que se la conforma y resignifica. Lo que importa en la experiencia analítica no es el pasado como tal —como en el túnel del tiempo—, lo que interesa es la resignificación en relación con el futuro anterior: habrá sido.

Ya no es esa palabra verdadera por la que el sujeto realizar su historia en relación con un futuro, sino la resignificación de esa historia con el futuro anterior, él habrá sido de su palabra.

En modo alguno el manifiesto hecho de palabras es la totalización para la trayectoria psicoanalítica: lo real, el goce, el objeto 'a' o el fantasma fundamental, son conceptos que permiten problematizar el campo psicoanalítico.

Aquí siempre se habló de un sujeto que habita y cohabita en otra dimensión fuera de la naturaleza biológica; dimensión simbólica del sujeto significante tachado y de lo real del goce.